

Documentos

<p>L'anno milleottocentonovanta <u>otto</u>, addì <u>primo</u> di <u>Marzo</u>, a ore <u>nove</u> e minuti <u>00</u>, nella Casa Comunale.</p> <p>Avanti di me <u>Squillaci Don Antonio</u> <u>officiale</u> <u>uff. de Sindaco</u></p> <p>Ufficiale dello Stato Civile del Comune di <u>Crosina</u> è comparso <u>Sisicaro Giovanni</u>, di anni <u>triantane</u>; <u>calabrese</u> domiciliato in <u>Crosina</u>, il quale mi ha dichiarato che alle ore <u>otto</u> e minuti <u>00</u>, del dì <u>di oggi</u> del corrente mese nel- la casa posta in <u>questa Piazza</u> al numero <u>00</u>, da <u>Giuseppe</u> <u>Simpilizzeri</u> <u>figlio</u> <u>maglier</u> <u>per lui</u> <u>divinente</u></p> <p>è nato un bambino di sesso <u>maschile</u> che egli mi presenta e a cui dà il nom. di <u>Rosaria Sisicaro</u>.</p> <p>A quanto sopra e a quest'atto sono stati presenti quali testimoni <u>Barbara</u> <u>Tommaso</u>, di anni <u>seppantasei</u>; <u>calabrese</u>, e <u>Crauglia</u> <u>Paolo</u> di anni <u>seppanta</u>; <u>umigliano</u> ambi residenti in questo Comune.</p> <p><u>Sotto il prefato atto egli intervenuti si è da me fatto</u> <u>scritto</u> <u>mezzo il dichiarante e testimoni</u> <u>che</u> <u>dipero non sapere scrivere</u>.</p> <p>Il Sindaco per Ufficiale dello Stato Civile <u>Squillaci</u></p>	<p>Numero <u>cento</u></p> <p><u>Sisicaro Rosaria</u></p> <p>108</p>
---	--


* S'indicherà la professione o la condizione.

Partida de nacimiento de la madre de Antonio Di Benedetto.

F.C.-

L. 1570.-

Quince de Mayo de 1917. - Di Benedetto N.º 17
- detto José. - Don Bella Nueva.
Departamento de Guaymallén, Pro-
vincia de Mendoza, República Argentina
a trece de Febrero de mil novecien-
tos treinta y tres, ante mí Salvador Ga-
ria, Oficial del Registro Civil compareció
Don Adolfo Basselos, de cuarenta y dos
años de edad, argentino de Mendoza
casado, comerciante, domiciliado en
Bella Nueva y presento certificado med-
ico suscripto por el Doctor Nicolás Guada-
se que acredita al fallecimiento de
José Di Benedetto, de trece-
ta y cuatro años de edad, argentino
de Mendoza, casado con Rosario Fiti-
garo, hijo de Luciano Di Benedetto y de
Carmen Bancieri, farmacéutico. Se-
gún dicho certificado que queda ar-
chivado en esta Oficina bajo el núme-
ro de esta acta el fallecimiento ha tenido
lugar en Bermejo, hoy, a las dos horas de la
tarde. Decida y ratificada la pre-
sente la firmo con dos testigos Don Del-
fin de Queta y Don Celestino Di Filippo, ce-
nos hábiles de qui soy. - Amén. Celestino
Di Benedetto



Información del Acta:
Número Libro: 1580
Número Acta: 17

Página 1 de 2



REPUBLICA ARGENTINA
PROVINCIA DE MENDOZA
DIRECCIÓN GENERAL DEL REGISTRO DEL ESTADO CIVIL Y
CAPACIDAD DE LAS PERSONAS

CERTIFICO : Que el presente documento es copia auténtica de su original, tomado de la base de datos in-
formatizada

Mendoza 28/04/2022



Digitally signed by LOPEZ Jesica Yemina
Date: 2022.04.28 10:02:28 ART

Sello de la Oficina

Funcionario Autorizante

El presente documento cumple con los requisitos enunciados en el Art. 290 del CCyCN y en consecuencia
tiene los alcances previstos en el Art. 293 del mismo cuerpo legal.

Conforme al Art. 23 de la Ley Nacional Nº 26.413, este documento no podrá retenerse por autoridad Judi-
cial o administrativa, ni por entidades o personas privadas debiendo limitarse a tomar constancia, o certifi-
car por cualquier medio fehaciente, el contenido del mismo.

Este documento ha satisfecho la tasa retributiva por el valor de S.....



Información del Acta:
Número Libro: 1580
Número Acta: 17

Página 2 de 2

Acta de defunción del padre de Antonio Di Benedetto (certificación).

Antonio Di Benedetto

DATOS BIO-BIBLIOGRÁFICOS

- Argentino, actualmente reside en Europa.
- Publicados, 10 libros: 4 novelas y 6 volúmenes de cuentos.
- Premios de literatura, periodismo y libretos de cine: 17.
 Dos de ellos con el voto de Jorge Luis Borges.
 Uno con el de Gabriel García Márquez.
 Otros con el de Augusto Roa Bastos.
- Es miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras.
- Fue condecorado por el Gobierno de la República Italiana con las insignias de "Caballero de la Orden del Mérito".
- Ha sido becario del Gobierno de Francia y de la Fundación Guggenheim de New York
- Larga carrera periodística. Fue corresponsal del diario "La Prensa" de Buenos Aires y subdirector de dos diarios argentinos.
- Últimamente ha estado dictando cursillos y conferencias sobre literatura en Universidades de Francia.

AUTOBIOGRAFÍA

Escrita en 1968 por encargo para una publicación de Alemania Occidental

He leído y he escrito. Más leo que escribo, como es natural, leo mejor que escribo.

He viajado. Preferiría que mis libros viajen más que yo.

He trabajado, trabajo. Carezco de bienes materiales (excepto la vivienda que tendré).

Una vez, por algo que escribí, gané un premio, y después otro y después... hasta 10 de literatura, uno de periodismo y uno de argumentos de cine.

Una vez tuve una beca, que me dio el Gobierno de Francia, y pude estudiar algo en París.

Un tiempo quise ser abogado y no me quedé en querer serlo, estudié mucho, aunque nunca lo suficiente.

Después quise ser periodista. Conseguí ser periodista. Persevero.

Un tiempo anduve de corresponsal extranjero (por ejemplo, revolución de Bolivia, la que llevó al poder a René Barrientos).

Yo quería escribir para el cine. Pero en general no soy más que un espectador de cine, y también periodista de cine. Una vez fui el Festival de Berlín, y otra al de Cannes, y otra a Hollywood el día de los Oscars, y otra... Bueno, en el Festival de Mar del Plata una vez me pusieron en el Jurado Internacional de la Crítica.

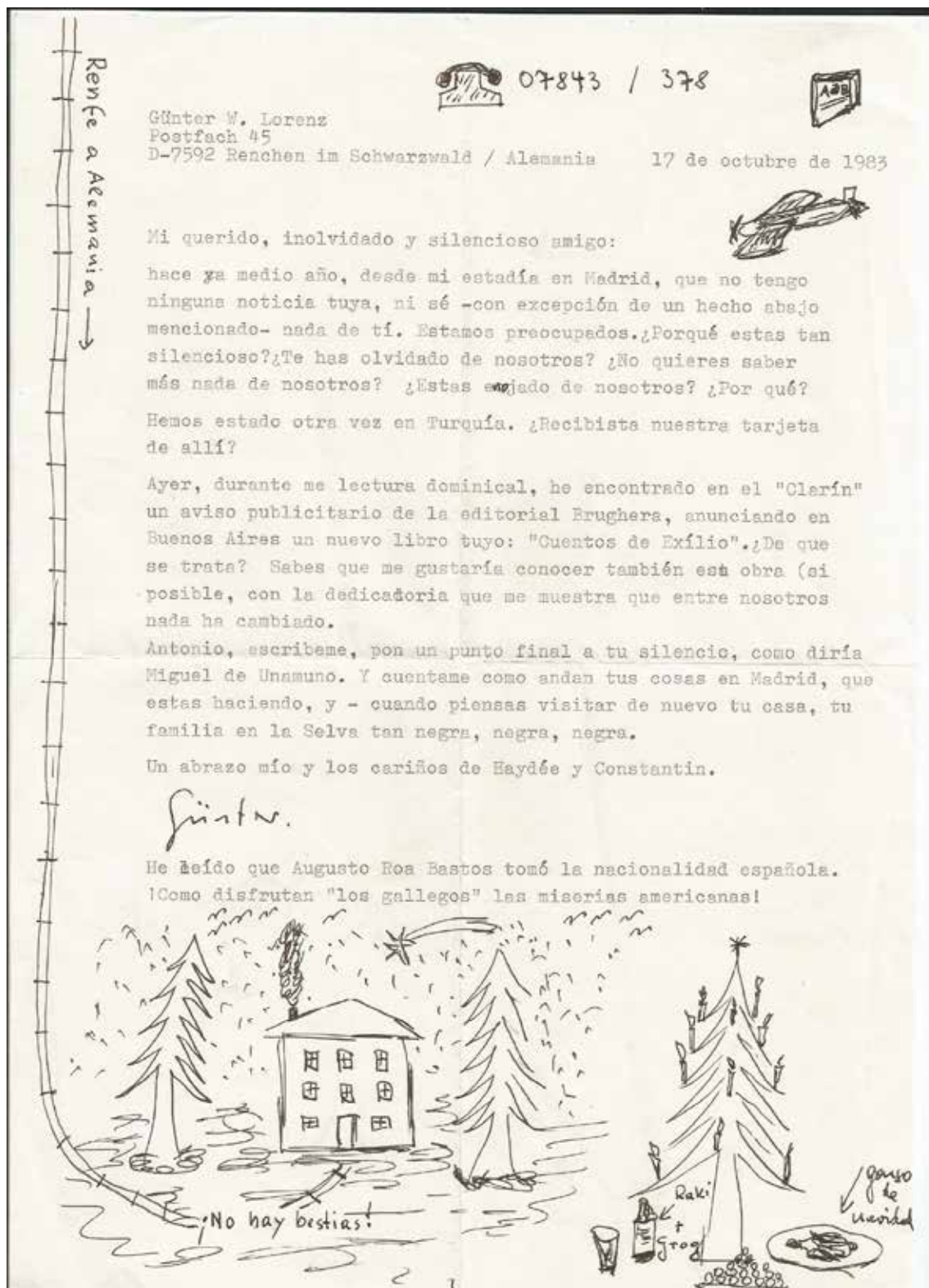
Soy argentino, pero no he nacido en Buenos Aires.

Nací el Día de los Muertos del año 22.

Música, para mí, la de Bach y la de Beethoven. Y el "cante jondo".

Señalar no sé, nadar no sé, beber sí sé. Auto no tengo.

Prefiero la noche. Prefiero el silencio.



Carta de Günter W. Lorenz a Antonio Di Benedetto, 17 de octubre de 1983, p. 1 (Biblioteca San Martín).

-2-

Ya sabrás que acá siempre estás presente, con la cama que te espera, y a donde con el pasaje de vuelta en cualquier momento puedes retirarte de la paz yankee a la paz wags-hurstiana.

Haydée y Constantin te mandan mil cariños y sus mejores deseos, y yo, como siempre, un gran abrazo fraternal.

günter



P. E. N. CLUB INTERNACIONAL
ASOCIACION MUNDIAL DE ESCRITORES
CENTRO ARGENTINO
BUENOS AIRES

8 de noviembre de 1983

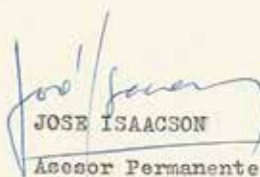
Sr. Antonio Di Benedetto
Apartado Postal 9119
Sucursal de Correos 44
Madrid, ESPAÑA

Muy distinguido amigo:

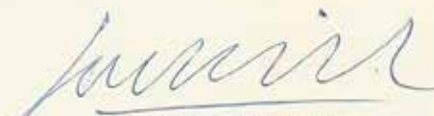
Con verdadera alegría hemos recibido su carta del 27 de octubre p pdo., de cuyo contenido hemos impuesto a la Junta Directiva del PEN Club.

En tal circunstancia se resolvió ratificar la decisión adoptada oportunamente y, en ocasión de su regreso al país, honrar su importante contribución a la literatura argentina y, por extensión, a la de nuestra área idiomática, en un acto público que, asimismo, pondrá de relieve sus altos merecimientos personales.

Saludamos a Ud. con nuestra cordial amistad.


JOSE ISAACSON
Asesor Permanente




JUAN JOSE DE URQUIZA
Presidente

Rte. J.I.
Coronel Díaz 2089 (17.C)/1425 BUENOS AIRES

Abelardo, mi
gran amigo:
Lo que muchos te
habrán dicho, y tal vez
deseado como yo te
lo deseo: Que el
próximo sea el Nobel
o alguno, digamos,
más moderno que el
Nobel, como los célebres
de la Europa Latina,
donde tanta y tan bien
enmarcan tu cultura y
tu obra.
Con orgullo de contar con
tu atención desde hace
tiempo

Antonio

ANTONIO DI BENEDETTO
Aproximación al Hombre

En este espacio de homenaje a Antonio Di Benedetto quiero referirme, no precisamente al narrador consagrado que llegó a ser -de cuya obra se ha ocupado con acierto Graciana Vázquez- sino al hombre que era y siguió siendo hasta el final, con sus abismos sufrientes, sus espacios luminosos, con sus pasiones tan vitales como el amor o tan funestas como la culpa.

Se ha dicho y García Márquez lo ha confirmado expresamente, que el novelista trabaja con uno o dos grandes temas que lo apasionan o lo obseden. El gran tema recurrente de Antonio fue la culpa, el sentimiento de culpa que va unido a la expiación mediante negaciones o automutilaciones, cuyo final previsible es el suicidio. Esta obsesión de la culpa y de la muerte que Di Benedetto llevaba en sí como una herencia trágica -doce suicidas contó su familia incluyendo a su padre que decidió morir a los 33 años- formaba la parte oscura, la que hacía de Antonio, en un primer acercamiento, al hombre "serio, muy grave y trascendente" como lo describiera un periodista español en uno de los últimos reportajes, en España. Parte oscura que él iluminaba con la imaginación creadora, en una verdadera catarsis, para convertirla en noble materia literaria. Es éste el caso específico de *Los Suicidas*, obra cuyo génesis, las circunstancias o la señal emitida por Antonio, me permitieron conocer. Han comprobado plenamente, siquiátras y sicólogos que el suicida siempre emite, a través de una señal -a veces muy poco descifrable- un pedido de auxilio, último grito del instinto vital que se niega a morir. Esto lo supe mucho tiempo después. Cuando recibí aquella carta de Antonio -en el 66, no recuerdo la fecha- me llené de confusión, primero porque él no era precisamente muy dado a esta forma de comunicación; y luego por el contenido extraño, fuera de toda lógica, para mí: me pedía que cuando fuera a Mendoza -yo viajaba bastante seguido- no le llamara al diario Los Andes, no preguntara por él, y lo más llamativo, que no lo buscara. Aquí mi confusión se volvió temor, pero no llegué más allá de sospechar que hubiera tenido un serio disgusto en familia o en el diario, y en consecuencia haber decidido alejarse por un tiempo. La sospecha tomó otros visos cuando Augusto Roa Bastos, amigo entrañable, me llama por teléfono preocupado por el contenido de una carta que acababa de recibir de Antonio. Nos reunimos ese mismo día, cotejamos las cartas, el pedido era el mismo, más extraño para Augusto porque él no hacía viajes a Mendoza. Cambiamos opiniones y decidimos que yo haría un llamado telefónico a mi hermana para hacer un sondeo de noticias. Lo hice, pero felizmente no había nada que alterara el fluir cotidiano entre la gente amiga. A nuestra preocupación se añade la de Abelardo Arias, que ha recibido carta de Antonio con el mismo extraño pedido de no llamarlo, no preguntar por él, no buscarlo. Adelanté mi viaje a Mendoza y contraviniendo las indicaciones, voy a Los Andes y pregunto por Antonio como lo hacía siempre. Me dicen que está con licencia y ha viajado a Córdoba, allí vivían familiares de su esposa. Hasta ahí, todo parecía lógico, verosímil, y sin embargo no lo era, no podía serlo hasta no encontrar la explicación de ese inquietante "no

buscarlo". Sí busqué a un amigo muy próximo de Antonio, de esos que lo son desde la escuela primaria y llegan a ser tanto o más que un hermano. Ese era Emilio Fluixá, abogado y amante de las letras en las que también incursionaba. Por él supe la historia de un malentendido que pudo culminar en tragedia. Antonio tuvo que someterse a una simple cirugía de piel debido a un lunar o mancha que tenía en la espalda. Pasados unos días de la intervención sin ninguna secuela y con recuperación total, Emilio, que lo veía casi diariamente, se sorprendió porque Antonio había caído en un mutismo depresivo, nada habitual ni explicable a pesar de las insistentes interrogaciones que le hacía. Hasta que una noche que cenaron juntos, entre copa y copa, Antonio le confesó la causa de su estado de ánimo: tenía cáncer, lo ha sabido por una frase dirigida a alguien del equipo médico que lo operaba con anestesia local, la ha escuchado e interpretado claramente, a pesar del sopor causado por un sedante previo, había tomado la decisión de eliminarse, no aceptaba la degradación física que produce la terrible enfermedad. Sí, era razón suficiente para cumplir con el estigma trágico de su familia. ¿Cómo pudo Emilio convencerlo de su funesto error, de la trampa que le tendía el subconciencia? Fue la tarea que felizmente cumplió, tal vez porque el vínculo afectivo era tan profundo y venía desde tan lejos, y tal vez, también, porque supo intuir el pedido de auxilio que la misma confianza de Antonio implicaba.

Di Benedetto estaba efectivamente en Córdoba, donde empezaba a escribir "Los Suicidas". Escribió la novela de un tirón. Fue su catarsis. Yo no puedo dejar de estremecerme releéndola aún ahora, como lo hice estos días.

La zona oscura y trágica de la que se nutre toda la obra de Antonio, está cruzada por destellos luminosos, por largas y sostenidas pruebas de amistad y de generosidad, por esa atracción-amor que lo asaltaba frente a la mujer, aún en tránsito fugaz y que aparece en toda su obra, incluso en Los suicidas, la más ascética. Es ahí donde, precisamente, cifra esa búsqueda instintiva del equilibrio entre lo vital de su cuerpo y lo destructivo de su siguis vuelta hacia el abismo de la culpa y su cancelación por la muerte. Mi larga frecuentación a través de una amistad de más de treinta años, da fé de esa batalla sorda, cruel, entre la pasión de vida y la atracción de la muerte.

Sin duda, esta compleja personalidad de Antonio para quien vivir era un desafío permanente, tenía que suscitar -y los suscitó- odios profundos, amistades y amores también profundos. Para mí recuerdo quedan luminosos y permanentes su sentido del compañerismo, su afectividad, su generosidad, su risa, porque también sabía reír y jugar con el humor más sano. De la amistad consecuente Abelardo Arias puede dar fe conmigo: cada vez que visitaba Mendoza, donde como hijo pródigo recibía y recibe innumerables halagos e invitaciones, había una cita ineludible como un ritual, reunirnos los tres para contarnos y escucharnos lo que solo pueden contar y escuchar los afectos verdaderos. Antes de una de esas cenas, Antonio tuvo un gesto quizás premonitorio,

pidió un fotógrafo -nos habíamos encontrado en el diario Los Andes- para que nos tomara una foto. Antonio mismo eligió el lugar: el patio del antiguo edificio, junto a unos arbustos. Y eligió también el epígrafe de la foto, no exento de humor "Los inmortales". Fue la última vez que los tres volvimos a reunirnos en la cena fraternal. Mi copia se perdió como tantas cosas en los avatares de allanamientos y exilios. Hace pocos meses Abelardo y Graciela Lucero, otro de los afectos entrañables que supo anidar Antonio en su paso fugaz por la Ciudad de Mendoza, hicieron posible que recuperara ese preciado recuerdo.

Desde su cargo en Los Andes, Di Benedetto no escatimó esfuerzos y hasta pequeños ardidés para dar cabida en las páginas del diario a publicaciones, noticias y comentarios sobre la gente joven que se iniciaba en cualquiera de las artes, tan necesitada de estímulos y tan escasos en provincia.

Yo personalmente guardo una de las experiencias más ricas y novelescas que solamente pudo hacer posible Antonio. Novelesca he dicho, precisamente comenzaba a escribir *Detrás del Grito*, y le comenté en algún momento a Di Benedetto que necesitaba refrescar mi memoria sobre aquel sur mendocino de mi infancia, ámbito de la novela. Un día me llama y me dice que tenía la fórmula ideal para que visitara toda la zona que me interesaba. Una comisión legislativa de la Cámara de Diputados haría una investigación para verificar denuncias sobre la aplicación del código de minas en toda la zona minera precordillerana. Ocho diputados se desplazarían en dos vehículos, especiales durante una semana, por esa zona. Antonio me ofrecía una credencial de Los Andes para acompañar a la comisión en calidad de periodista. Era una ocasión única, la acepté no sin antes vencer ciertas y justas prevenciones familiares. El hecho de hacer ese recorrido de cerca de dos mil kilómetros, pernoctando en los campamentos y participando de las reuniones con los mineros, yo como única mujer, era por sí sólo, una aventura extraordinaria. Sin embargo otra circunstancia con intervención de Antonio agregaría páginas no imaginadas a mi novela porque ya se sabe que la realidad escribe tantas ó más novelas que la imaginación.

Sucedió así: bajábamos lentamente por una mala huella cordillerana de regreso de la mina Coihueco. Atardecía, el paisaje desolado, con vegetación baja y arisca no daba signos de cobijar vivienda alguna. De pronto en un recodo apareció gritando un muchacho: ¡Llévenme, llévenme por favor, el cabo me quiere matar! Efectivamente detrás venía bamboleándose por la borrachera un gendarme. El muchacho temblaba de miedo, lo hice subir al vehículo para protegerlo, todo sucedía muy rápido. El fugitivo -explicaba: los sábados y domingos -era sábado- se juntaban algunos mineros a jugar a las cartas en el boliche, un rancho detrás de una lomita próxima. El cabo, siempre borracho, los acusaba de ladrones cuando perdía y les sacaba bajo amenaza, la paga de la quincena. El cabo se había plantado delante del vehículo y desenfundando el arma exigía que se le entregara al detenido. Sería largo de contar el tono de las tratativas para hacerle entender el alcance de los fueros parlamentarios y el

riesgo que corría al no respetarlos. Al fin arrancamos, con el muchacho, ileso y feliz hacia Malargüe, decididos los diputados a hacer una denuncia formal ante el jefe del destacamento de gendarmería. El jefe no quiso recibirnos pretextando que estaba enfermo. Era mi oportunidad como novel periodista. Pedimos un teléfono en la comisaría, me comuniqué con Antonio en el diario y le transmití la nota que escribí allí mismo en la seccional. El consideró que el hecho era grave y debía de publicarse. Quedamos todos satisfechos.

Cuando llegamos al único hotel donde pernoctaríamos, eran las once de la noche, nos estaba esperando el jefe del destacamento. Había reflexionado y optó por recuperar la salud y ejercer la diplomacia. No tuvo éxito a pesar de sus variados argumentos para que desistiéramos de publicar la noticia. Dos días después estábamos de regreso en Mendoza. Nos reunimos con Antonio, releímos la noticia en el diario, se comentó el asunto, estábamos satisfechos -era un pequeñito triunfo sobre la prepotencia ejercida desde la impunidad del uniforme contra los desprotegidos- y mientras repasábamos el anecdotario frondoso del viaje, el buen humor de Antonio saltó el chiste que me galardonaba con el mote de "la prisionera del cabo Collante". No faltó quien recogiera la iniciativa y llamara a mi casa desde la misma legislatura preguntando por la "prisionera del cabo Collantes". Pero ahí, que ya era suficiente, no terminaba el cuento que había empezado a escribir la realidad.

Una mañana atiendo un llamado telefónico: Gendarmería Nacional anuncia la voz masculina. Escucho: deseaba hablar conmigo el General "X". Cómo, otro chiste? Y ya esbozaba la réplica... Pero no, era en serio, el General venía de Buenos Aires para investigar el asunto de violación de los fueros parlamentarios... me pedía amablemente que me presentara declarar -todavía no habían olvidado los buenos modales- incluso me ofreció un coche para trasladarme. En la declaración que se me tomó formalmente y bajo firma repetí lo expuesto en la nota de Los Andes. Pero había dos palabras que el solícito General -quién lo creyera hoy- se empeñó en que retirara, porque agravaban el hecho, en desprestigio de la institución: "exhibición de arma" que era exactamente lo que realizó el cabo, más grave aún, por su estado de ebriedad. Me negué en absoluto. La verdad era mi fuero. Previamente había buscado a Antonio, no lo encontré hasta la tarde en el diario. Le cuento lo sucedido y para mi asombro suelta una carcajada. El había pasado la noticia a La Prensa -era corresponsal en Mendoza- sin esperar ninguna repercusión, y se regocijaba comentando entre risas que al tal general le debió caer pesado el desayuno cuando desplegó el diario y se encontró con el titulito "Gendarmería Nacional viola fueros parlamentarios" o algo así. Y tuvo que embarcarse de inmediato hacia Mendoza. Nunca lo ví disfrutar tanto, era como un chico feliz con el imprevisto resultado de una travesura. Yo terminé la novela *Detrás del Grito*, la presenté al Concurso Internacional de Novela de la Editorial Lozada. Obtuvo el primer premio con un jurado compuesto por Miguel Angel Asturias, Beatriz Guido y Marco Denevi. La solidaridad de Antonio fue la más preciosa y fundamental colaboración para el éxito de mi novela.

Quiero señalar dentro de este costado solidario y generoso, otro gesto entrañable de Antonio. El que para mi hijo Jorge, algo así como un pariente próximo, ese tío necesario que siempre encuentran los chicos entre los amigos de la casa. Antonio que era un apasionado del cine, alentó esa vocación que despuntaba en Jorge. Y cuando muy joven, después de la muerte de su padre, viajó a Roma persiguiendo una beca en Cine, Antonio le proporcionó una credencial del diario Los Andes, era una demostración de confianza a su juventud y a la vez, una apelación a la responsabilidad que debía de asumir. La asumió enviando notas y reportajes a Los Andes que Antonio publicó con la misma rigurosa generosidad con que le había dispensado su afecto, su confianza y su apoyo.

Después cayó la noche, la noche siniestra y larga de la dictadura. Se instaló el horror, la muerte, la dispersión, el exilio, el silencio. Diez años de silencio con apenas algunas señales de humo y un desencuentro en Madrid donde estuve en el 81 de paso hacia un congreso de escritores en Bulgaria. Regresé a Buenos Aires en mayo del 86, Antonio ya estaba aquí. Nos encontramos, hablamos largamente despejando sombras. El, con ese tono manso en el que podía mezclar lo confidencial atroz con el humor irónico que le era característico. Pocas veces pudimos reencontrarnos con el mismo diálogo. Antonio se deslizaba por la pendiente de la autodestrucción: estaba enfermo y no atendía su salud.

Otra vez fue el silencio. Y ahora, para siempre.

IVERNA CODINA

Iverna Codina